



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ANTONIO PADRÓN  
EDITOR Y ADMINISTRADOR

San José, 1º de abril de 1895

F. VALIENTE J.  
COLABORADOR ARTISTICO



PLAYA DE PUNTARENAS



## SUMARIO

LA PLAYA DE PUNTARENAS.  
 EL CUARTO DE HORA, por R. Fernández G.  
 PAISAJE MATINAL, por J. A. Facio  
 EL AMOR, por Yoyo  
 EL DOLOR, (traducción) por Venancio G. Manrique  
 SOBRE ESTILO, por Clemente Palma  
 A PÉREZ GALDÓS, soneto, por A. Zerolo  
 PARA VALBUENA, por Clemente Palma  
 LA POESÍA, por Salvador Díaz Mirón  
 UN GRAN NOVELISTA (del *Daily Chronicle* de Londres)  
 NOTAS ARTÍSTICAS Y LITERARIAS

## GRABADO

PLAYA DE PUNTARENAS

## ALBUM MUSICAL

MARCHA FÚNEBRE, por P. Calderón Navarro

Representa nuestro grabado la famosa playa de Puntarenas, una de las más bellas y extensas del mundo.

¿Cuál es el que habiéndola contemplado alguna vez no guarda de ella el más pintoresco y agradable recuerdo? ¿Cómo olvidar la finura y suavidad de sus arenas, acariciadas por las olas de golfo que vienen á morir sobre ellas con sus blancos penachos de espuma?

¿Y sus bosques de cocoteros? Siempre verdes y erguidos, moviendo sus largas palmas al soplo de la brisa llena de emanaciones salinas; invitando al fatigado viajero á descansar bajo su sombra voluptuosa.

Las conchas esmaltan la orilla y y de vez en cuando asoma algún retorcido caracol, de esos que guardan en la profundidad de su seno los rumores de la mar que los ha engendrado.

Y en las honduras del golfo se ocultan las ricas conchas de perla, celosas carceleras de tesoros inestimables; ricos granos de variados colores, que han sido tantas veces escollos de la virtud, y que no logran escapar á la codicia del hombre. Allí están los infatigables cazadores; el buzo intrépido que sabe arrancar su secreto á las olas, y no teme al tiburón sanguinario; él sabrá bajar á la profundidad, y en premio de su arrojado volverá con una bruñida perla negra, que después de pasar por

las sucias manos de las traficantes, irá á enroscarse luego, junto con otras cien compañeras, en torno del cuello alabastrino de alguna hermosa sultana.

## El cuarto de hora

En una habitación apartada, adonde apenas llegaba el rumor de las cadencias de la orquesta, habían buseado refugio varias personas, que ya por su edad, ya por fastidio, huían del baile. La conversación era general en los grupos de las mamás, que procuraban por este medio engañar el sueño. Hablaban de casamientos, de males, del último escándalo de fulanita, de la carestía de los víveres y otras banalidades por el estilo, base y fundamento de la charla de nuestras burguesas americanas. En uno solo de los corrillos parecía reinar verdadero buen humor, según eran de frecuentes las risas discretas de las personas que lo formaban, siendo de notarse que todas ellas eran por lo menos cuarentonas.

La conversación rodaba alegremente sobre lo del cuarto de hora de las mujeres; tema viejísimo, rebatido de generación en generación, pero siempre nuevo y picante.

—El cuarto de hora no lo padecen más que las mujeres casquivanas—sostenía doña Soledad de Arleguí, viejecita enjuta y de mucho palique. Una mujer honrada y cristiana no tiene cuartos de hora.

—No, que no—replicaba con viveza el General Pérez. Todas, doña Soledad, todas ustedes pasan por ese momento crítico, aunque no sea más que una vez en la vida. El todo consiste en que la suerte les sea adversa ó propicia en este lance delicado.

—De manera que según V., General, la mujer que no ha faltado, es por mera casualidad, porque la ocasión no ha favorecido su caída ó bien porque el seductor no ha sabido aprovechar el momento; en fin, por mil razones, menos por virtud.

—Pues, casi casi. Descartando, por su puesto, á las que por su fealdad no han estado expuestas á tentaciones.

—¿Qué atrocidad, General! Tiene V. unas cosas y una moral verdaderamente militares.

—No tal; esta manera de pensar no es solamente mía; mis opiniones sobre esto del cuarto de hora de las mujeres son en lo general compartidas por todos los hombres que han corrido un poco y visto el mundo. Y no me cabe duda que si se pusieran á votación secreta entre las mujeres mi teoría y la de V., habría de triunfar la mía por gran número de votos.

—No lo pienso yo así—repuso doña Soledad. V., como todos los hombres que han calavereado mucho—y no creo ofenderle al decirle esto (*sonrisa del General*)—se imagina que todas las mujeres son iguales á las que han tenido la debilidad de ceder á sus caprichos, sin tomar en cuenta que de esas han triunfado, en la mayoría de los casos, porque ellas mismas deseaban ser vencidas. La mujer que nace débil lleva en sí un no sé qué indefinible, pero que se conoce á la legua; un cierto airecito de liviandad que va diciendo: "Tómame; yo soy de las que tienen cuarto de hora." ¿No opina V. lo mismo que yo, María?—añadió dirigiéndose á una señora bastante jamona, pero que parecía haber sido muy hermosa.

La interpelada contestó con uno de esos gestos.



vagos, que tanto quieren decir que sí como lo contrario. El General la miró de cierta manera maliciosa; y ella, visiblemente turbada por esto, trató de marcharse.

—No se vaya V., María—dijo el militar con cierto retintín disimulado. Quiero que sea V. testigo de la derrota de mi terrible adversario. Me propongo probarle ahora que no sólo las mujeres que tienen el airecito aquél, son accesibles á las traidoras embestidas del temido cuarto de hora. Voy á referirles á ustedes—agregó dirigiéndose á todos—un lance amoroso de que fué protagonista un amigo mío muy querido, hace ya más de veinte años. El asunto tuvo por cuadro el lindo puerto de Puntarenas, el cual se hallaba por ese tiempo en todo su esplendor comercial. Ese amigo mío, á quien llamaré Carlos, y yo vivíamos en aquel entonces allí, con la esperanza de hacer fortuna. No la pasábamos del todo mal, trabajando mucho y divirtiéndonos como Dios manda, sobre todo en la temporada de los baños, allá por los meses de febrero y marzo. El año 65, si mal no recuerdo, fueron muchos los bañistas que acudieron del interior de la República, á secar al amor de aquel sol de fuego sus miembros entumecidos por la humedad de seis meses de lluvias. Apenas nos alcanzaba el tiempo para gozar; un día era un baile, otro una jira ó una expedición por el golfo de Nicoya de sin rival belleza, con sus verdes islas y su mar de zafiro, todo poblado de alegres y juguetones delfines.

—General, está V. poetizando—interrumpió doña Soledad.

—Siempre que hablo del golfo de Nicoya me sucede lo mismo—replicó el militar. Aquello es una maravilla. Pero vuelvo á mi aventura, ó mejor dicho á la de mi amigo Carlos. Sucedió que entre las muchas hermosas bañistas que concurrieron aquel año á Puntarenas, había una que era un portento. ¡Qué mujer, doña Soledad, qué mujer! Un talle (y el General formó un círculo con los dedos índice y pulgar de sus manos); unos dientes más lindos que las perlas del golfo; y unos ojos..... no hallo cómo pintarlos; en fin, grandísimos, negros como dos cajas de betún.

—Vaya una comparación—exclamó doña Soledad.

—Qué quiere V., así me lo parecieron, y á mi amigo Carlos también, que todo fué verlos y enamorarse locamente de..... ya no recuerdo cómo se llamaba su dueña. La pasión de Carlos era criminal, como se dice en los dramas, porque la bella era casada; sí, señores, casada con un caballero gordo, rico, de muy buen apetito, en fin toda una persona decente, pero á mi juicio indigna de poseer semejante alhaja. A pesar de esto era ella tan recatada, su porte revelaba tanta modestia y virtud, que bastaba á descorazonar al mismo Lovelace. Carlos, no pudiendo hacer cosa mejor, se limitó á adorarla en secreto, sin dejar por esto de enderezarle sus baterías. Bien pronto, merced á sus delicadas atenciones, logró captarse la buena voluntad del marido y un poco también la de ella. El pobre muchacho se desvivía zaqueando la ciudad á caza de frutas, flores y conchas para obsequiar á su amada; y era completamente feliz cuando ella le decía, ahuecando en una sonrisa los divinos camanances (1) que tenía en la boca:

—Mil gracias por los marañones que nos mandó V. ayer. Estaban ricos. O si no:—Qué amable es V. No se puede imaginar cuánto le agradeció mi marido los cocos. Cuatro se ha comido hoy; temo que se enferme.

Cualquiera frase de estas ponía á Carlos de buen humor por veinticuatro horas lo menos. Sin embargo, durante sus largas noches de vigilia se reprochaba amargamente su tontería, su ridícula timidez, apenas propia de un adolescente. Entonces hacía grandes y arriesgados proyectos. Sí, él le hablaría resueltamente, declarándole su loca pasión; y con tales colores se la iba á pintar, que á menos de ser ella insensible como una piedra, habría de ablandarse. Pero todo era encontrarse á su lado que sus planes se desvanecían como el humo azul de un cigarro. Su resolución se estrellaba contra aquella carita de madona que respiraba honradez y virtud; le temblaban las piernas, se le entumía la lengua..... vamos, que el muchacho tenía menos ánimo que una colegiala.

Así las cosas, llegó el día señalado para una excursión por el Estero. A las cuatro de la tarde, calmados en parte los rayos del sol, nos embarcamos en cinco lanchas de buen tamaño. Atravesamos rápidamente la parte ancha del Estero; pero al llegar á los canales continuamos bogando con mucha lentitud. Yo no he estado nunca en Venecia, pero dudo mucho que sus canales famosos superen á los del Estero de Puntarenas; porque si bien es cierto que éstos carecen de palacios, reemplázanos con ventaja los más ricos dones de la naturaleza. Juncos, palmeras y helechos crecen allí con extraordinario vigor; en los árboles, frondosos y corpulentos, se anidan orquídeas multicoloras, y los arbustos se pliegan en busca de frescura, metiendo las ramas dentro del agua. Cada vez que dábamos vuelta á un recodo, hacíamos huir una bandada de garzas, blancas como algodón las unas, grises ó color de rosa las otras, que luego se iban más allá á continuar la pesca interrumpida. El sol se había hecho inofensivo por la espesura de los follajes. De repente vibró en el aire una nota clara, penetrante, pero al propio tiempo llena de dulzura y voluptuosidad; era la voz sonora de la marimba, compañera indispensable en las fiestas puntareñas. Un grito espontáneo de alegría saludó al popular y bullicioso instrumento; habíamos llegado al término de nuestro viaje: un precioso rincón cubierto de césped y entoldado por una enramada de palmas y hojas de bananero. Saltamos á tierra y luego comenzaron á estallar los corchos del champaña.

Pasamos una tarde deliciosa, pareciéndonos más á una tropa de niños, que á gente seria. Carlos se aprovechó de lo muy ocupado que estaba cada cual en divertirse, para cortejar á su adorada, confiando en que no sería notada su asiduidad. Ella parecía mucho más comunicativa que de costumbre, haciendo mil mohines cada vez que mi amigo se empeñaba en hacerla beber otra copa de champaña, ese vino pérfido, enemigo encarnizado de la virtud, y cuyos efectos son diabólicos en las mujeres. Llegó la hora del regreso con verdadera pena para todos. Nadie quería poner punto final á tan linda fiesta; pero al fin fué preciso resignarse, porque la oscuridad se nos venía encima, con esa rapidez con que se oculta y aparece el sol en los trópicos. Carlos tomó asiento al lado de ella en la última lancha, mientras el marido, muy chispo, se empeñaba en quitar el remo á uno de los bogas. Alborotó un rato por la negativa del hombre, quedándose después profundamente dormido.

(1) *Camanances* llamamos en Costa Rica á los hoyuelos que tienen á los lados de la boca algunas personas, y se hacen visibles al reír. La palabra es bonita, y como no existe en castellano otra que exprese lo mismo, me he permitido usarla.



A la bulla y algazara de la fiesta sucedió el silencio. Todos callaban, adormecidos por el suave balanceo de las embarcaciones y el rítmico golpear de los remos, que hacían brotar placas azulosas cada vez que herían el agua. De las orillas llegaban á bocanadas efluvios preñados de aromas tropicales, entre los que dominaba el voluptuoso perfume de las resedas. Apenas podían distinguirse ya en la penumbra las manchas negras de las embarcaciones que iban delante; los sonidos de la marimba se oían cada vez más distantes. Carlos contemplaba á su hermosa compañera que parecía absorta, y cerraba de vez en cuando los ojos como persiguiendo una visión. Pasado un gran rato, ella se puso á mirar las luces que ponían los remos en el agua, y curiosa de probar el efecto por sí misma, intentó golpearla con la mano. Carlos se la arrebató, diciéndole en voz baja y apasionada: "Es mucha imprudencia; estas aguas están llenas de tiburones." Ella no contestó nada, ni tampoco retiró la mano que Carlos conservaba entre las suyas. Entonces de sopetón, sin preámbulo alguno, Carlos se lo dijo todo: su amor insensato, sus penas, sus esperanzas. Ella temblaba, mirándolo con sus ojazos negros que resplandecían en la noche con un destello aterciopelado y lleno de caricias. Un sacudimiento de la lancha les anunció que habían llegado. Carlos, ebrio de pasión, murmuró una súplica á su oído; ella procuraba resistir, negar lo que su amante le pedía, no sé qué de ventana abierta á media noche; pero en el momento de saltar á tierra, contestó que sí con voz desfallecida, casi angustiada.

Pero veo—continuó el General—que esta historia se ha hecho demasiado larga y voy á procurar abreviarla. El resultado fué que mi amigo Carlos obtuvo una cita para aquella noche. Ya supondréis si estuvo puntual á la hora convenida; pero el pobre se encontró con la ventana cerrada. Tocó discretamente para anunciar su presencia, y por toda respuesta obtuvo los vigorosos ronquidos del dichosísimo marido. "Vamos, pensó el burlado seductor, el cuarto de hora ha pasado ya." A la mañana siguiente la bella había desaparecido. Ahora bien, mi querida doña Soledad, ¿no cree V. que si el dichoso momento dura un poco más, ó en vez de ocurrir en una embarcación.....

—Esa historia que acaba de contar el General—interrumpió con sorpresa de todos la señora que había intentado marcharse al principio de ella y á la cual llamaban María—me fué referida en aquella misma época por la persona á quien ocurrió y que ya no existe. De manera que la conozco tan bien como el General y tal vez mejor. Voy, pues, á rectificar su desenlace, que ha sido un tanto alterado por el narrador, el cual en todo lo demás se ha ceñido á la más estricta verdad. Esa pobre amiga mía que estubo en un tris de dar un mal paso, llevó su locura al extremo de dejar su ventana abierta como lo había prometido; pero el seductor, á no dudarlo, compadecido de su debilidad é inexperiencia, pues apenas tenía veinte años, no acudió á la cita. Después de este lance desgraciado, arrepentida y abochornada de su conducta, mi amiga fué siempre modelo de honradez.

—No estoy convencida, no estoy convencida—repetía doña Soledad.

—Si fuéramos á cenar; son las dos de la madrugada—dijo alguien.

—Buena idea—respondió el General poniéndose de pie.

Todos hicieron lo mismo, encaminándose al salón donde estaba dispuesta la cena. El General cerró

la marcha, dando el brazo á la señora que le había interrumpido. Cuando se convenció de que nadie les podría escuchar, le preguntó al oído:

—Dígame la verdad, María; ¿es cierto que dejara V. la ventana abierta?

—Sí, General; y toda la vida he de agradecerle su generoso proceder.

—Pues no me agradezca V. nada, porque las cosas pasaron como las he referido. Sin duda equivoqué la ventana. ¿No era la segunda yendo hacia la mar?

—No, General, la tercera; esa otra era la del cuarto de mi marido.

—Lo siento, María, lo siento muy de veras—murmuró el General, retorciéndose el bigote cano con un gesto de conquistador.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA.

## PAISAJE MATINAL

OPACA transparencia difúndese en el cielo bajando por las faldas de montes y colina, la niebla desparrama su gris y tenue velo en forma de inconsútil y diáfana cortina.

Natura sus cendales recoge con pereza; sus miembros ateridos entre la bruma esboza y sólo un pico escueto sepulta la cabeza en el difuso pliegue de nube que lo emboza.

Al pie de una eminencia de frente levantada que hiende por su altura la bóveda infinita, despliega el verde manto la fértil hondonada con el sereno aspecto de un lago que dormita.

Sobre una cortadura de rápida vertiente, cercana de la cumbre que altiva la corona, se yergue una cabaña muy pobre, pero riante, en cuyo techo el cielo las nubes amontona.

Airosas nubecillas errantes y sin senda agrúpanse formando como azuloso grumo, y del hogar que anima la rústica vivienda asciende por los aires en hélices el humo.

De abajo, desde lejos, enlaza aquel retiro al valle esplendoroso tendido en horizonte la línea de una senda que con incierto giro escala por las faldas el término del monte.

Cruzando las praderas, ribazos y repechos que en trazos desiguales diseña la Natura, el áspero camino contéplase por trechos como una roja sierpe dormida entre verdura.

Abajo, por el valle sin quebras y sin lomas, las cúpulas de un templo de góticas arcadas parecen en lo blancas dos cándidas palomas entre árboles espesos al par acurrucadas.

Mas lejos una sombra de azul monotonía, encubre con sus sábanas el horizonte vago, y miranse las chozas allá en la lejanía así como albos cisnes dispersos en un lago.

En tanto que sin orden sus techos aglomera, en medio á la verdura, la soñolienta villa, formando los mil cortes de una áspera cantera que de rojizo pórvido con los esmaltes brilla.

JUSTO A. FACIO.



## El amor Y

¡Oh amor! ¿Qué sería la vida sin tu halago, sin la caricia de tus deditos suaves?

Un desierto, un jardín sin flores, una mesa sin manjares, un bolsillo vacío.

¿Quién no ha sentido comezón y cosquilleos en el corazón por alguna niña pudorosa (si las hay) de ojos negros como conciencia de usurero y traidores como Efigenes y una boquita roja con más miel que los panales?

¿Quién no ha sentido el alma destilando gotas amargas por alguna ingrata desdeñosa cara de ángel tímido?

La tórtola melancólica llora sus penas de amor en el bosque umbrío; bala tristemente la oveja abandonada su amante; requiere de amores el toro á la vaca joven, y los animales todos, el hombre inclusive, que es el más grande de ellos, sienten la influencia mágica del dioscecillo travieso.

El que no ha amado nunca, es, pues, poco menos que un cuadrúpedo; la más infeliz de las hechuras de Dios.

¡Oh, el amor!

Si hubo una Safo que se precipitara desde Leucades al verse abandonada por Faon, hoy, en las postrimerías del siglo XIX, hay costureras que beben líquidos corrosivos y señoritas sensibles y delicadas que se vuelven tísicas, desdeñadas por algún joven empedernido de mirada misteriosa y bigotes rubios.

Todo cambia en la vida, todo; desde las ideas de los hombres públicos hasta el color de las levitas mayores de edad.

Antes, el amor era muy distinto del que ahora se estilaba, y que ha producido tantos suicidas y poetas cursis de lira gemebunda, que reciben la inspiración de los rayos de la luna, que les parecen miradas amantes de la *Beatrice* de sus pensamientos; que escuchan su voz en los murmurios lánguidos de un riachuelo jugueteón; sienten su aliento en la brisa perfumada de los campos, y un botón de resaca entreabierto se les antoja la boca fresca de la casta niña, en espera del celestial rocío de los besos.

Peró si hay poetas baratos de los que lloran lira en mano, también hay multitud de jóvenes tímidos, de corazones delicados, con apetito de cura glotón, que se pasan la vida contándole sus penas á la luna y á las siete cabritas.

Los ve usted por ahí, paliduchos, la mirada como de cervatillo moribundo y tristes como si tuvieran un enfermo en la familia ó les dolieran los riñones. Se acerca usted á ellos para preguntarles la causa de su tristeza, y le responden con un suspiro hondo, ó dicen con voz quejumbrosa:

—Yo estoy de más en este mundo pecador, porque sin el amor de mi Casilda, la vida me parece un campo desolado por el huracán. Hace quince días me destila el corazón algo así como cerveza negra. Verá usted, no es que ella me quiera mal, porque lo que es quererme, me quiere, pero su mamá que es una señora muy bruta y muy grosera, se opone á nuestras relaciones desde que se enteró de que no tengo una mala estera sobre que estirar la zanca, aunque soy muy limpio y muy honrado.

El amor es así; mezcla de almíbar y miel.

Al menos hay mamás que nos amargan la existencia, y apenas le echamos la vista encima á

una joven más ó menos bonita, ya está la autora de sus días diciéndole:

—Mira, Pascualita, (ó como se llame), ese chico no te conviene, no parece haber tenido nunca tres pesetas juntas, anda muy estropeado y debe de padecer del hígado porque tiene el semblante amortiguado.

Y ya nos tienen ustedes hechos unos mártires como si tuviéramos la culpa de haber nacido feos y sin recursos.

Digan lo que quieran las señoras que tienen hijas casaderas, eso de querer impedir que las niñas entreguen el corazón al primero que les toque las cuerdas delicadas del sentimiento, es perjudicial para la paz del hogar y el apetito de la chica; lo perderá seguramente y se pondrá fea en quince días de sufrimientos agudos y continuos.

Y no gasten ustedes los cuartos en *Emulsión de Scott* y píldoras ferruginosas, porque no volverá á recobrar el color rosado y las carnes turgentes.

Lo que conviene es dejarlas que se casen y contribuyan al aumento de los ciudadanos útiles, siempre que el joven pretendiente sea honrado y sepa ganarse los fréjoles de todos los días.

—Eso sí; tengan ustedes, nobles matronas, mucho cuidado con ciertos haraganes, que atentos á sus gracias naturales y á su poca vergüenza, andan por ahí rompiendo corazones á docenas y son el terror de las niñas bonitas, y la desesperación de las feas.

No sólo son tontos matriculados, sino que se las echan de listos y muy sabidos.

¡Buenos pillos son los tales muñecos!

Sobre ellos deben los padres de familia descargar todo su furor . . . . . y un tiro, si es preciso, á ver si nos quitan de encima unos cuantos majaderos.

Estos jóvenes tenorios que gozan con la agonia de sus víctimas, generalmente no se ocupan de nada y están en todas partes donde hay faldas, dispuestos á disparar dardos envenenados por los ojos.

Ven una joven en el rosario, pongo por caso, acompañada de su mamá que parece una vaca Holstein.

Le disparan á boca de jarro una miradita que quiere decir poco más ó menos:

—Es inútil toda resistencia; para mí no hay razones de cedro amargo; ó se rinde usted ahora mismo ó va fuego de estos dos ojos explosivos.

La inocente niña ha notado la mirada del manco. A la salida del rosario, él se planta en la puerta para verla salir.

Pasa ella; las miradas se cruzan como dos aceros enemigos y la infeliz doncella queda herida en mitad del corazón.

El empedernido victimario sonrío triunfalmente; la sigue y se planta en la esquina contigua á la casa que habita la niña, dirigiendo miradas como relámpagos á la ventana por donde asoma ella.

—Eh ¡qué tal! Parece que está diciendo el grandísimo pillo. ¿Soy ó no uno de los primeros tipos de la provincia? ¿Tiene usted algo que decir de este cuerpecito airoso y esta cabeza de gladiador romano? ¿Hay otro que se apoye con más gracia en el bastón y quien fume con más salero que este cura!

Si la mamá lo mira con malas trazas, parece decirle con un gesto de perdona vidas.



—A mí no me venga usted con esa cara de fiera sin desayunar; con otras peores me he visto y soy capaz de comérmela á usted cruda.

Al cabo de dos semanas, el tunante se aburre y no vuelve á asomar las narices por el vecindario, dejando á la sensible niña llorando á cántaros y con deseos de morirse para que la entierren. La mamá nota que la chica se consume como vela de hogar pobre y un día cualquiera de la semana la sorprende haciendo signos misteriosos en el aire ó besando el retrato de un tío ya viejo, que se le antoja el joven de la mirada lánguida.

¡Cuántas hay así, decepcionadas del mundo y de los afeites y menjurges con que se embellecen el rostro para llamar la atención pública! ¡Para qué polvos, para qué carmín en las mejillas, para qué lunarejos postizos, si tienen el corazón como una esponja empapada en vinagre? Así están ellas que parecen unas azucenas mustias y cuando se meten en la cama para dormir, sueñan con jóvenes impetuosos, rubios ó morenos, que las estrechan con amor entre sus brazos, bajo una enramada, en un jardín encantado y murmuran á sus oídos palabras tiernas y dulces, mientras brilla la luna en el firmamento, susurra la brisa entre las hojas de los árboles y las estrellas parecen los ojos de los ángeles que los miran con envidia desde el fondo azul del cielo. Y así hay muchos jóvenes de ambos sexos, decepcionados de todo lo que en la vida hay de agradable, y para quienes la existencia es más pesada y fastidiosa que un artículo de don José Rodríguez López. Y todo por el amor, el amor que es "un bichito que cuando pica, no se encuentra remedio en la botica".

No hay día de la semana que no sepamos de algún enamorado tonto que se pega un tiritito por alguna doncella desdenosa, dejando un billete por este tenor: "Me mato porque sin el amor de Carmencita la vida me sabe á aceite de castor.—Abur!" Por mí, que se maten . . . . ó se casen, que viene á ser lo mismo.

Me gustan las bodas . . . . de los amigos, para tener oportunidad de sentarme á una mesa de ricos manjares y añejos vinos, ó de pasar un rato divertido moviendo el cuerpo al compás del *vertiginoso* vals ó la *cadenciosa* mazurca. Y luego, . . . allá ellos en el hogar, pasando la luna de miel . . . y los eclipses y fases correspondientes.

Ahora sólo se casan unos pocos aburridos, atraídos por la golosina, como el ratón por el queso, y luego resultan por ahí pidiendo prestado para comprar la carne y los fideos. Por eso las señoritas de este tiempo, á quienes por cierto les gusta mucho el lujo, y son muy coquetas, pero que no saben echar un remiendo ni nada, andan siempre á caza de un marido con dinero, aunque sea un avestruz de levita.

Así las cosas, y según lo rematadamente malo que se pone el sexo bello, los del *velludo* cobraremos horror al matrimonio y los placeres inefables del hogar. Llegará el día en que las madres ó los padres, para poder casar á sus hijas se vean en el caso de coger al primero que pasa por los faldones de la levita para decirle: Aquí tiene V. dos (ó tres) niñas completamente solteras, pero muy limpias y que saben freír un huevo y pegar un botón. A ver si se lleva V. una al tálamo, porque ya con el sueldo de mi marido no alcanza ni para las zapatillas y los perfumes baratos.

El amor, fuente purísima de dicha, rocío celestial de las almas, "santa aspiración de la parte más etérea del espíritu", ha dejado de ser todo eso que dicen los poetas, para convertirse en artículo comercial, como quien dice: Las dos terceras partes de los matrimonios se hacen por el *vil metal*, y el amor, que se lo lleve el diablo. Las mujeres que no son bobas comprenden que sólo con dinero se hace papel entre la *buená sociedad*. Se casan con cualquiera, llámese Pedro ó Juan, siempre que tenga el arca llena.

¡Hasta con un viejo deteriorado por el tiempo se casan, con tal de que tenga mónises para satisfacer sus caprichos y lujo desmedido! Por ahí he visto paseando muy fresco á una especie de pavo anciano, con su esposita, que es una blanca paloma de castilla, muy linda y muy graciosa. Una flor sobre un tronco carcomido!

Pero en cambio, el dromedario del marido tiene cien mil durejos, limpios de polvo y paja y vive feliz con una esposa que no le quiere. ¡Cosas del mundo! Un marido pobre no es marido ni nada, aunque sea muy honrado y más bueno que el señor Obispo. ¡Un matrimonio amoroso, pero sin dos centavos! ¡Habrás visto mayor disparate?

Un día cualquiera llega el marido después de trabajar como un mulo manso, y pregunta á su mujercita:—¿Hay algo sustancioso que llevarse al buche? No! Pues ven acá, monina, rica de mi corazón, cielito; dame una docena de besuquitos tiernos y si nos apura el hambre nos pondremos á retozar mientras viene el gordo de la Lotería y se nos cueela por la ventana.

¡Qué amor ni qué calabaza! Buenas están las niñas y los jóvenes para pensar en esas boberías.

Sea V. pobre, más pobre que Job, aunque honrado y con un poco de vergüenza; ame con delirio á una joven *de buena familia*, y preséntese con lo mejorecito del baúl á los padres de la chica: "Yo soy Fulano,—les dice V. con muy buenas maneras y esforzándose por parecerles simpático y bien educado—servidor de VV. y de toda esta honorable familia; amo á la hija de VV. como un insensato y vengo á pedirles su mano. Yo no tengo bienes de ninguna clase, pero, aunque me esté mal el decirlo, soy honrado, trabajador y poseo un corazón de oro."

Un corazón de oro? Pues mándelo V. hacer en monedas de cinco duros y luego viene á llevarse la niña al pie de los altares.

San José, 2 de marzo de 1895.

YOYO

## EL DOLOR

(Traducción del danés)

Solitario, cual suele, y cabizbajo, del ancho mar en la desierta orilla, se ocupaba el Dolor con gran trabajo una figura en modelar de arcilla.

A LA MEMORIA DE MI CARA ESPOSA DOÑA ADELINA DE CALDERON

# " EL SEPULCRO "

## MARCHA FÚNEBRE

*Por P. Calderón Navarro*

*Lento.*

Piano. *p* *f* *p*

The musical score is written for piano and consists of four systems of music. The first system begins with the tempo marking 'Lento.' and the dynamic 'piano.' followed by 'p'. The first staff is a treble clef with a key signature of two flats (B-flat and E-flat) and a common time signature. The second staff is a bass clef. The first system includes dynamic markings 'p' and 'f'. The second system includes 'pp'. The third system includes 'ppp'. The fourth system includes 'f'. The score features a variety of musical notations including chords, arpeggios, and melodic lines in both hands.



First system of musical notation, featuring a treble and bass clef with a 3/8 time signature. The music begins with a piano (*p*) dynamic marking. The melody in the treble clef is characterized by eighth-note patterns, while the bass clef provides a steady accompaniment.

Second system of musical notation, continuing the piece. It features a forte (*ff*) dynamic marking towards the end of the system. The melodic line in the treble clef shows some chromatic movement.

Third system of musical notation, including dynamic markings for *dim.* (diminuendo) and *pp.* (pianissimo). The music transitions between different harmonic textures.

Fourth system of musical notation, featuring the dynamic marking *cres.* (crescendo). The lyrics "ces - - - cen - - -" are written below the treble clef staff.

Fifth system of musical notation, featuring the dynamic marking *ff*. The lyrics "- do" are written below the treble clef staff. The system concludes with a strong harmonic cadence.



1<sup>ra</sup> 2<sup>a</sup> dolce

*p* *pp*

This system contains the first three measures of a musical piece. The first measure is marked '1<sup>ra</sup>' and the second '2<sup>a</sup>'. The tempo is 'dolce'. The first measure has a piano (*p*) dynamic, and the second has a pianissimo (*pp*) dynamic. The music is written for piano with a treble and bass clef.

This system contains measures 4, 5, and 6. The music continues with a treble and bass clef.

This system contains measures 7, 8, and 9. The music continues with a treble and bass clef.

This system contains measures 10, 11, and 12. The music continues with a treble and bass clef.

This system contains measures 13, 14, and 15. The music continues with a treble and bass clef.



The image shows a handwritten musical score for piano, consisting of six systems of staves. The notation is in a key signature of two flats (B-flat and E-flat) and a 3/4 time signature. The score includes various musical markings and performance instructions:

- System 1:** Features a first ending bracket labeled "1ª vez" at the end of the system.
- System 2:** Features a second ending bracket labeled "2ª vez." and a "Fin." marking. Dynamic markings include *sf* (sforzando) and *p* (piano).
- System 3:** Features a *pp* (pianissimo) dynamic marking and a "stacatto." instruction.
- System 4:** Features a *cres* (crescendo) marking and a "cen" (crescendo) instruction.
- System 5:** Features first and second ending brackets labeled "1ª vez." and "2ª vez." respectively. A "do" note is indicated in the bass staff.
- System 6:** Features a "D.C. al Fine" instruction.



Llega Jove y pregúntale: "¿Qué es esto?"  
 "un muñeco de barro," le replica:  
 "pon, Padre, tu poder de manifiesto  
 y tu aliento vital le comunica."

"Viva," Júpiter dice, "mas repara  
 que, como mío, es fuerza me le lleve."  
 "Imposible, señor, que abandonara,"  
 grita el Dolor, "al que su sér me debe."

Jove empero contesta: "yo los rijo,  
 y soy de todos los vivientes amo."  
 La Tierra entonces presentóse y dijo:  
 "de mi seno salió, yo lo reclamo."

En tan grave conflicto resolvieron  
 á Saturno apelar para que falle;  
 el cual, cuando sus quejas le expusieron,  
 á cada uno ordenale que calle.

Y decide imparcial de esta manera:  
 "tú, Jove, que la vida le infandiste,  
 recibirás su alma, cuando muera,  
 desprendida del barro que la viste;

"tú, Tierra, le darás en tu regazo  
 donde, inerte, descansa la materia;  
 y tú, Dolor, con apretado lazo  
 sugeto le tendrás á la miseaia

"reflejarán sus ojos tu mirada,  
 con tu suspiro se ahogará su aliento,  
 y á tu suerte la suya irá ligada  
 de su vida hasta el último momento."

VENANCIO G. MANRIQUE

## SOBRE ESTILO

SE acercaba el momento de que entregáramos nuestro trabajo á la imprenta y aún nada habíamos escrito. Felizmente llegaron á nuestras manos varios números del *Porvenir* de Santiago, en uno de los cuales hallamos un sustancioso artículo, en el que se trataba de dos asuntos que hemos tenido la pretensión de tratar también, se entiende que con menos lucimiento y fortuna que el escritor chileno: nos referimos á la americanización de la literatura del Nuevo Mundo y á la actual evolución literaria de los decadentes. Al leerlo encontramos el tema para este artículo y recordamos que teníamos con el señor Castro Oyanguren una deuda literaria. Este erudito joven censuró cortésmente nuestro artículo *La cuestión del estilo*. Aprovechamos pues, esta ocasión para responderle á la vez que para añadir algunos juicios que nos han ocurrido con motivo del artículo *Las letras americanas* que registra el *Porvenir*.

No hay institución humana entre los pueblos cultos que experimente luchas más violentas, más largas y de más consecuencias que la literatura. Así como hay entre los pueblos, batallas y escaramuzas, combates decisivos y pequeñas acciones entre las avanzadas de los ejércitos; intervención de potencias extrañas á los beligerantes, y fraudes, tratados de paz y transacciones; así se repiten entre los sistemas y escuelas literarias, luchas sangrientas, acciones y reac-

ciones, convenios y arreglos y luego una paz octaviana; en la que, á la sombra del ideal triunfante se desarrolla una escuela, en tanto que en la oscuridad de su vergüenza el ideal vencido afila sus armas para reaccionar más tarde, cuando el cansancio ó la decadencia del género literario que ha regido un período han debilitado ó degenerado las letras. Estas acciones y reacciones en la literatura constituyen un eterno movimiento, una eterna oscilación sostenida por los genios impulsores. Todos los ideales encuentran una mano que los lanza á la lucha. En esa revolución literaria en que se envuelven todos los elementos intelectuales de una raza se observa que los centros extraños permanecen indiferentes. Así por ejemplo, cuando la raza latina evolucionó en la dirección romántica las otras razas permanecieron indiferentes porque ó ya la evolución se había verificado, como en Inglaterra, ó porque aún el clasicismo vivía. En América hay una heterogeneidad de elementos que hace que en nuestra sangre vibren todas las energías de las razas más diversas. Pero junto á esa heterogeneidad hay un elemento común que nos enlaza fuertemente á todos los americanos, este vínculo es la semejanza de origen, el fondo de raza común que llevamos en lo hondo de nuestro sér, las tradiciones, la naturaleza en una palabra, todo lo que nos singulariza. Hemos cantado todo lo que las razas latina y sajona han cantado; bien, hemos satisfecho una parte de nuestro espíritu, pero es indudable que mientras no cantemos lo que nos falta cantar, tendremos siempre esta aspiración á reproducirnos en algo genuinamente propio de nosotros. La literatura americana está aún incompleta, porque hasta hoy no se ha presentado con los caracteres de una literatura con fracciones definidas: no es aún sino un feto cuya gestación es dificultosa. De allí el desdén de los críticos extranjeros, porque no se puede negar que la literatura americana, por lo general, es estudiada con desdén por españoles y franceses. Y á fe que tienen razón. Los movimientos y evoluciones literarias que se realizan en Europa hallan eco entre nosotros, las reproducimos exactamente: un crítico, por consiguiente, al estudiar ese movimiento irá á estudiarlo en el sitio en que se inicia y se desarrolla y luego al hacer su estudio dirá al pie del capítulo ó del libro, en una notita tan corta como verídica: "Lo mismo pero con menos fortuna sucede en América."

Por otra parte. Es indudable que hoy, más que nunca, necesitamos buscar ideales nuestros, renovar nuestra atmósfera viciada ya por los sudores y el aliento de tantos escritores. Dice Salvador Rueda, que las palabras á fuerza de expresar lo mismo se vuelven afónicas é igual sucede con los ideales: á fuerza de ser explotados pierden su belleza, se secan y reducen á hojarasca sin perfume. Hay que renovar la savia. Los americanos llevamos á los europeos una ventaja, y es la de poseer en estado latente los gérmenes de una asombrosa vitalidad literaria. Mientras ellos escarabajean por todos los ideales sin poder posarse en ninguno porque todos los han devorado, nosotros tenemos uno que apenas hemos probado, uno del que podemos gozar ámpliamente con el derecho de exclusivo y sin temor de agotamiento, al menos por ahora, y ese ideal es nuestra América.

Pero ¿no es empequeñecer el arte reduciéndolo á las cuatro paredes, como quien dice, de una nación?... Cuando los pueblos no han llegado á un alto grado de cultura artística, evidentemente que la esfera de sus ideales es pequeñísima, sus procedimien-



tos artísticos son pobres é incompletos, y en ese caso, cuando tratan de dar fisonomía á su arte, la dan, es cierto, pero al fin y al cabo es una fisonomía de feto. Pero cuando una nación no es ya una tribu salvaje, cuando tiene una educación artística que va más allá de los rudimentos, en ese caso la nación que posee los medios para penetrar con lucimiento en los dominios del arte no lo empequeñece, porque su trabajo no consistirá en expulsar todo lo que no ha nacido en su suelo, sino que moldeará los ideales adquiridos á su índole, á su temperamento, puesto que las naciones no son entidades idénticas, y añadirá los elementos que les son propios exclusivamente. El arte, así pues, no quedará empequeñecido, todo lo contrario, se enriquecerá con el acopio de nuevos y variadísimos componentes. Pero no es eso sólo: no se trata de formar literaturas que pertenezcan exclusivamente á un pueblo, á una nación; nó, lo que se quiere es imprimir el sello de la raza americana á toda la literatura del Nuevo Mundo: sello que hasta hoy no tiene y que condena á la América á figurar literariamente como un apéndice de la literatura española; lo que se quiere es, que dado el grado de cultura literaria y artística á que ha llegado la América, dirija sus actividades y energías á sí misma, empleando los elementos, las formas, los procedimientos, la Retórica, si se quiere, de las otras razas, ya que no queremos arrojar de un puntapié la Retórica estrecha que hemos aprendido y heredado de la raza latina, y escribir y cantar con los procedimientos y de la manera que espontáneamente brote del fondo de nuestra alma.

Es cierto que toda literatura verdaderamente grande pertenece á una raza, á una civilización. Precisamente por eso deseamos para los americanos una literatura que responda á ese llamamiento de su raza. Las razas latina y germana tienen su fisonomía especial en el arte vistas de altura, como deben verse las grandes extensiones materiales é intelectuales. Los pueblos orientales igualmente, con sus simbolismos y sus artes teogónicas, tienen artísticamente una fisonomía propia. En una palabra, todas las razas tienen su literatura particular, engendro de la sangre que tienen en sus venas, de la calidad del fósforo que llevan en el cerebro, del ángulo facial, del idioma, es decir, de todo lo que hace distinta una raza de otra. Esa distinción de razas que no desaparece, á pesar de las fusiones y los hibridismos, debe tener su expresión en el arte americano como la tiene en las otras razas. Ese mismo hibridismo debe y tiene que palpar en la literatura; por eso creemos que el americanismo de un modo absoluto es imposible; el idioma, la influencia de la sangre latina, la retórica aprendida y otras muchas influencias hacen imposible el americanismo puro como fondo y forma de la literatura, que sólo sería posible en el estado primitivo de la América, es decir, en el salvajismo. Pero aquel americanismo que valiéndose de los procedimientos literarios y artísticos, sean los viejos, ó los nuevos procedimientos revolucionarios de las escuelas de adentes, dirige su actividad á los intereses de la raza americana, que canta á nuestra naturaleza y desentraña el tesoro de vitalidad escondido en nuestro suelo, ese americanismo repetido, no sólo no es imposible sino que no es ni siquiera una utopía como se afirma, y mucho menos hace estrechísimos para los americanos los dominios del arte, porque no se trata, repetimos, de expulsar elementos é ideales de la raza latina sino de enriquecerla con la adquisición de un ideal nuevo y fecundo.

Lo que más aterra á los enemigos del americanismo es la invasión del neologismo que vendría como consecuencia lógica. Pero entendámonos ¿es acaso hoy el castellano una propiedad de la España? Con qué derecho la constituimos en pedagogía única de la lengua que hablamos? Evidentemente que la Academia es un lazo entre la América y España, lazo muy respetable; pero que no debe oprimirnos tanto los músculos de la lengua que no podamos articular un sonido que no haya sido fundido y analizado en sus crisoles. Hay multitud de palabras nacidas en América que por su eufonía expresan mejor que las palabras correspondientes del español, cierta idea. Otras hay que con más precisión *individualizan* una idea que en el español se expresa con palabras genéricas. Todas estas palabras son neologismos necesarios que enriquecerán el idioma, tan necesarios que en la vida vulgar no podemos prescindir de ellos, así tengamos una cultura lingüística que raye en el más exagerado purismo. Concedemos que una introducción immoderada de vocablos indígenas, y de giros genuinamente americanos, mancharía el habla de Cervantes; pero ¿acaso la innovación americanista es una innovación del elemento formal de la idea, la palabra, la frase, la forma? No, evidentemente que no, desgraciadamente que no; porque si con la innovación en la forma que no dudamos, ha de realizarse algún día, la independencia intelectual de América sería competita y su literatura tendría entonces, como la literatura hebrea, como la literatura rusa, como el arte japonés, como el arte indio, una fisonomía exclusivamente propia. Pero hoy eso sería imposible; eso sí sería una utopía. La innovación á que nos referimos es puramente en el ideal: la América en general, como fondo, como alma de toda obra de arte, aunque la obra sea tallada según los procedimientos más ó menos perfectos de las razas latina, sajona, eslava ó cualquier otra. Refiere Rubén Darío, que en una visita que le hizo Núñez de Arce, éste le dijo: que era en América, donde, para la lengua española estaba reservada la gran Poesía de nuestra maravillosa naturaleza, que, "todavía no había tenido cantor digno de ella". Poesía robusta y sana, rebosante de savia y de fuego. "Eso debéis hacer vosotros los poetas nuevos de América, inspiraros en las grandezas naturales del Nuevo Mundo, escribir versos, poemas que tengan el aliento de aquella tierra ubérrima, señalar un nuevo campo á las musas españolas. Nosotros, los peninsulares, no tenemos aquí sino los gloriosos recuerdos del pasado, los monumentos de piedra, la historia. Vosotros sois el porvenir". La opinión, favorable á la doctrina que sostenemos de un español egregio es de gran valer en esta cuestión, porque los españoles son los enemigos naturales de la independencia intelectual de América.

Veamos lo que será la literatura cuando la evolución americanista se realice. Desde luego, la poesía descriptiva adquirirá un poderoso desarrollo en virtud de los grandes y bellísimos cuadros que se presentan á la vista del poeta. Espontáneamente brotará la estrofa grandiosa impregnada de la magestad de los Andes, del Amazonas y del pampero. No con la magestad y grandiosidad frías de Olmedo y Heredia, insignes retóricos que ante las bellezas naturales se elevaron en las alturas de la inspiración con poderoso vuelo, pero era el vuelo



de una águila mecánica; eran águilas de Vaucanson, cuyos resortes eran el eiacisismo, y la retórica declamatoria y correcta de Quintana. No, la magistad de los cantos á la naturaleza en la nueva poesía será desordenada, con el desorden imponente de una selva gigantesca, en la que los árboles no piden permiso al cielo para crecer, ni se alinean simétricamente como versos de una estrofa bien medida, cual sucede con los parques y jardines anti-poéticos de la civilización.

Se dice que en la poesía lírica no puede realizarse la originalidad regional, en razón de que el corazón humano es igual en todas partes. Este argumento, que alguien me expuso, no pasa de ser una trivialidad, un lugar común, una frase hecha, que por querer decir mucho, nada dice, absolutamente nada. La conclusión lógica que se desprende allí, es que, esa poesía hebrea de un lirismo sensual: el Cantar de los Cantares, es igual por ejemplo, á una rima de Becquer, el mismo corazón latía en el pecho de el Rey Sabio que en el pecho del poeta español: no son posibles las líricas regionales. Como he dicho, argumento tal es una trivialidad. Ni de la música, que interpreta más directamente el sentimiento que las demás artes y con más pureza, puede hacerse afirmación semejante. Entre la música china y la música peruana, (indígena) entre la música alemana y las perteneras de Andalucía hay distancias enormes, y sin embargo, todas ellas pueden expresar el mismo sentimiento. La diferencia pues, está en el modo como cada arte expresa un ideal ó un sentimiento. Un Buda de porcelana de Kioto y un Padre Eterno de mármol de Carrara, dicen lo mismo, y sin embargo, el uno es un monstruo con varias cabezas y manos, el otro, un venerable abuelito de quien provoca solicitar un beso en nuestra frente. Si la poesía tiene como elemento primordial y constitutivo la imagen bella, pues, se realizará la evolución artística que americanice la poesía lírica; las figuras retóricas, las metáforas y demás formas poéticas serán engendradas á la luz del nuevo ideal, y con los elementos típicos de América, proporcionados por sus exuberancias naturales.

La poesía épica es un género próximo á extinguirse en el arte latino. Las innumerables tradiciones de la conquista, las leyendas de la vida indígena, proporcionarán el alma de este género de producciones literarias, así como á la novela, la que no sólo tendrá para explotar la vida muerta sino la vida moderna.

En el Brasil es donde observamos que la tendencia americanista se desarrolla más poderosamente que en ninguna otra Nación. Gonalves Diaz, el rey de los poetas brasileiros, á pesar de haber florecido en una época en que la raza latina estaba en todo el desenfreno del lirismo romántico, cantó á la raza americana, á su patria, no con el patriotismo cargante con que se escriben aquellas odas. *A mi patria, en el aniversario de....., A los héroes de....., A la batalla de.....*, etc, sino con esa ternura panteística del que se siente hijo de la naturaleza, del que siente vagos atavismos de raza, del que comprende la grandiosidad y los misterios de nuestra naturaleza. Mucio Teixeira, es otro gran poeta que al palpar las espaldas de su genio encuentra alas de condor y no de águila.—Joaquín Souza Andrade, poeta que estuvo en Lima hace quince años, es el autor de un hermoso poe-

ma americanista que tiene semejanzas en cierto sentido, con el *Tubaré*. Se titula, *O Güesa Errante*. Souza Andrade no ha necesitado remontarse á los tiempos de la conquista para encontrar un tema épico ó al menos con tendencias tales. Novelas, dramas, poesías líricas, cuanto se escribe en el Brasil tiene marcado sabor americanista, aunque no versen sobre asuntos americanos. Los brasileiros, pues, son los que más se han impregnado de esos nuevos y nobilísimos ideales por los que hace tiempo luchan Juan León Mera, en el Ecuador; Rafael Obligado y Carlos Roxlo en la Argentina.

Desde luego, creemos que el americanismo no consiste únicamente en cantar la vida salvaje. No, consiste en cantar la vida americana, los ideales americanos, pintar nuestro modo de ser, copiar los esplendores de nuestra naturaleza, en fin, impregnar el arte de todo lo que es nuestro. Por eso dijimos que *María* es una novela americanista: allí no se trata de salvajes, y sin embargo *María* es una de las obras más americanas que se han escrito.

El día en que esto suceda no escucharemos á Clarín decir que nos vapulea con confianza (léase desprecio) porque somos españoles, aunque de por acá, y los críticos no estudiarán la literatura americana á la manera de un apéndice ó una página anexada al estudio de la literatura española como se hace hasta en nuestras Universidades.

CLEMENTE PALMA

Lima, julio 30 de 1894.

## A Pérez Galdós

después de leer el prólogo de *Los Condenados*

### Soneto

Ya se atreven contigo los que antes  
callaban por temor, críticos hueros....  
¡Siempre tienen sus Zoilos los Homeros  
y sus Avellanedas los Cervantes!

¡Fustígalos, y en dramas palpitantes  
sigue trazando al arte otros senderos:  
bajo tus golpes de titán certeros  
muerdan el polvo cursis y pedantes!

Tú vencerás ¡el genio es la paciencia!  
No te importen protestas ni silbidos,  
en el seno de vibora engendrados,  
del despecho, la envidia y la impotencia;  
por tus nobles esfuerzos redimidos,  
al cielo subirán tus *Condenados!*

ANTONIO ZEROLO

## Para VALBUENA

**N**O negamos que tienen alguna gracia los chistes con que siembra Valbuena sus críticas.... si, tienen el chiste de la burla desvergonzada, el chiste populachero y vulgar que consiste en hacer anagramas burlescos, equívocos, asociaciones de ideas más ó menos ingeniosas; todo esto sugerido por una bilis revuelta, un carácter atrabiliario y una intransigencia religiosa, que es más que fanatismo.



El señor de Valbuena es un hombre erudito y harto se echa de ver su erudición en su crítica, hija del despecho puro; católico, arisco por histerismo, procura escupir toda la bilis que le ahoga á la faz de los que no le son simpáticos á causa de diferir en cuestiones de fe. Si Valbuena hubiera sido Carlos IX, hubiera decretado mil noches de San Bartolomé para extirpar luteranos, y si hubiera sido Domingo de Guzmán, el santo sanguinario, no sólo habría matado con su mano á los albigenses, sino que se los habría comido. Estos arrebatos de catolicismo, estas intransigencias exaltadas de su fe, le hacen el hombre menos apto para crítico.

El procedimiento que emplea Valbuena no es sino el empirismo literario ó sea la sujeción á la retórica añeja y superficial, que no ve en la palabra más allá de su significado seco. El método de Hermosilla, indudablemente, es el más torpe de los sistemas críticos y esa torpeza trata de salvarla Valbuena con el chiste y la burla que hace de los que amaría á la picota de su humorismo vulgar y chicanero. El señor Sorralto en su oportuno folleto *Valbuenismos y Valbuenadas*, aplica el sistema de Valbuena, mixto de Hermosilla y Arlequín, á la conocidísima oda de Fray Luis de León: *Qué descansada vida*, y prueba que esta oda es un farrago de ambigüedades, prosaismos, asonancias indebidas y de cuanta falta puede cometerse en este sentido. Y lo mismo puede probarse de todas las poesías buenas que se han escrito en España y América, incluso las de Heredia, de quien dice Valbuena que es el único poeta que ha producido el Nuevo Mundo. Felizmente, Valbuena, con sus críticas, está hartamente desprestigiado en América y en su tierra. Valbuena dista de ser crítico lo que dista el clown del actor.

En el templo severo de la crítica española Menéndez y Pelayo es el sacerdote; Clarín, el sacristán y Valbuena . . . Valbuena es un pilluelo que se roba la cera de los cirios, para hacer con sus manos desvergonzadas figurillas indecentes.

CLEMENTE PALMA

## La POESÍA

(FRAGMENTO)

**L**A Musa que se mira en la fuente de Castalia y que se ama á sí misma, como Narciso, será muy gallarda, muy tierna, pero no me agrada, y ello es culpa de mi organización. Esa Musa no es mi Musa: mi Musa es el siglo, es el pueblo, es la patria. Más aún: es la humanidad con sus virtudes y sus vicios, con sus regocijos y sus dolores, con sus energías y sus flaquezas, con sus heroísmos y sus crímenes, con sus ideales y con sus pasiones, con sus pies de monstruo, sus alas de ángel. ¡Oh Dante! ¡Oh inmenso espíritu! ¡Con razón abandonabas á los demás poetas las estrellas, los pájaros, las flores. . . y sólo te reservas el corazón del hombre!

¿Qué es la poesía—la gran poesía?—No es el ingenioso, pero pueril aparato de Brewster, no es un caleidoscopio; no es un tubo con espejos inclinados y vidrios de colores, que á cada movimiento ofrece á la percepción una nueva simetría, más ó menos

bella; es el reflejo, la síntesis de una época, la soberana y palpitante expresión de las esperanzas y de los recuerdos, de las creencias y de los ensueños, de los odios y de los amores, de las tendencias y preocupaciones, de las glorias y de las miserias de un pueblo, de una raza, de una generación, del hombre en un momento histórico. Á ningún inspirado, cualquiera que sea su talla, le es dado crear una poesía así. Un gran poeta no es más que un revelador; no es más que un artista que, de la arena escarbada en que gritan, gesticulan y pugnan anhelos divinos y apetitos brutales, recoge un poco de arcilla ensangrentada y convulsa y hace de ella una imagen en que respira una hermosura trágica. Si el espíritu tuviera también su geología, cada poesía sería el carácter peculiar más precioso de una formación, el supremo distintivo en el yacimiento de una edad. Homero es la antigua civilización griega. La Divina Comedia es una prodigiosa fantasmagoría de güelfos y gibelinos: es la gaceta de Florencia de entonces: sólo que Alighieri revisió de magnífico y eterno bronce el pálido y frágil barro de las pasiones de un día. Byron, entre los sacudimientos de un terremoto moral que removió las sociedades hasta sus cimientos y produjo una transfiguración sublime, pero dolorosa, fué—como observa un escritor francés—el poderoso intérprete de todos los sentimientos, de todas las angustias, de todas las dudas, de todos los delirios, de todos los frenesíes que estallaban y discurrían en aquel tormentoso crepusculo. Víctor Hugo es todo el siglo XIX.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

## Un gran novelista

Considerando la popularidad que la novela rusa ha adquirido entre nosotros en los últimos años, es extraño que los grandes novelistas españoles no hayan sido igualmente saludados. Por lo menos uno de ellos, nombrado Valdés, es digno de un lugar entre Turgeneff, Dostoievsky y Tolstoi. ¿La razón de habérselo negado tanto tiempo se hallará en que no ha querido adoptar una *pose*? Como público somos generalmente atraídos por la *pose*, y Valdés ha renunciado á ella; se ha contentado con escribir buenas novelas; novelas que difieren unas de otras, tanto por la forma como por el asunto. *La Espuma* y *Maximina* son las dos mejor conocidas en Inglaterra y se diferencian extremadamente. *The Grandee* (El Maestrante), que ahora tenemos á la vista, nos presenta aún al autor bajo otra nueva fase.

La escena de su novela se halla colocada en una pacífica ciudad de provincia española. Su pequeño círculo aristocrático se abre de par en par para nosotros. En sus descripciones, Valdés despliega un fuerte sentimiento humorístico, y cada uno de sus caracteres se destaca del modo más vivo sobre un fondo cuidadoso y á la vez naturalmente pintado. Las tertulias nocturnas, las envidias y vanidades, los amoríos, las menudas intrigas, que en otra forma y con algunas diferencias de carácter no hay duda que existen



igualmente en los círculos semejantes de nuestro país, se hallan descritos con una exactitud de observación que descubre la mano de un maestro.

En resumen, es la historia de una pasión ilícita entre la dama más principal de la población, la esposa del Maestrante, y un joven Conde, su único amante posible, como pudiera decirse. Las escenas que se suceden entre los amantes están tratadas por el autor con la seguridad y la convicción de un gran escritor; luego, cuando aquellas relaciones están á punto de romperse porque el Conde ama á otra mujer, joven y soltera, surge de la historia una espantosa tragedia, que está descrita con la misma concienzuda observación. La hija de Amalia y el Conde sirve de medio á su inhumana madre para impedir que su amante rompa con ella. La martiriza de un modo tan horrible, que casi se hace intolerable para el lector. Debe indicarse que Valdés no se retrae poco ni mucho en la pintura de estos terribles incidentes; los evoca como formando parte de historia, sin consideración alguna. Pero no es posible afirmar que tales ejemplos de inhumanidad son inverosímiles. La *Sociedad contra la crueldad con los niños* ha ofrecido, como Mr. Gosse apunta en su interesante prefacio, varios ejemplos de crímenes semejantes. Mas convenimos con él, igualmente, en que muchos lectores preguntarán si tales cosas pueden describirse en las páginas de una novela.

En cuanto á Valdés, debemos manifestar que su estilo, aquí como en todas partes, es equilibrado, sencillo y espontáneo. No dejará de pintar un rasgo horrible, porque "todo es digno de ser pintado", empleando una frase vulgar, pero expresiva. Es un novelista vaciado en el molde más amplio. Su observación se extiende á todo y la vida se ofrece ante él como un libro abierto. Demostraría menos valor si no se atreviese á describir todas las escenas que á su imaginación se ofrecen. Que los noveles escritores estudien á Armando Palacio Valdés y que Mr. Heine mann continúe ofreciéndonos sus obras.

Esté escritor se halla en la primer media docena de los grandes novelistas.

(Del *Daily Chronicle* del 10 de agosto de 1894—Londres)

El número de *Hispano América*, correspondiente al mes de febrero próximo pasado, trae un breve juicio crítico sobre el libro de don Justo A. Facio, *Mis Versos*, obra de don C. de Sosa Zumeta, joven escritor que ha entrado con buen pie en el sendero escabrosísimo de las letras.

En ese juicio emite el señor Zumeta conceptos erróneos sobre el mejor y más leído de nuestros poetas.

A más de esto, nótase en el trabajo que nos ocupa falta de unidad, pues el final borra los conceptos del principio.

No estamos de acuerdo en que *la mejor, la única poesía del libro es la que no está escrita* pero si con lo de que *leído el tomo, siéntese uno poseído de la suave melancolía que de sus páginas se alza como vago perfume místico*, y también con este otro concepto: *se descubre en cada línea el alma delicada del cantor*.

No haremos más citas; á continuación verán nuestros lectores dicho trabajo y con más acierto seguramente han de poner los puntos sobre las íes, dando á Dios lo que es de Dios y á don César lo que le corresponde.

JUSTO A. FACIO—*Mis Versos*—San José de Costa Rica—1894.—Leído el tomo, siéntese uno poseído de la suave melancolía que de sus páginas se alza como vago perfume místico. Reina en todo él la desolación de la elegía; se descubre en cada línea el alma delicada del cantor, se simpatiza con él y se comprende que la crítica de su obra está íntegra en el modesto título que lleva: MIS VERSOS.

A los poetas, aun circunscribiéndose á los *dii minores*, á los Shelley, Körner, Vigni, Bécquer, Zenea, la credencial que se les exige es que impresionen. Al artista no se le pide que convenza, sino que conmueva. En donde quiera que aparece la nota conmovedora, la que jamás se olvida, allí está el arte, allí la poesía. En lo demás puede estar la obra mecánica, académica del hombre de letras, pero no el artista, ni el poeta: y esa nota falta en el volumen del eminente centroamericano. Versos hay, numerosos, alados, correctos; pero ninguna poesía!

Una hay, tierna y melancólica, como queda dicho; sordo rumor de corriente subterránea que pugna por salir á flor de tierra, engalanar de flores sus márgenes, reflejar la selva y los cielos; pero que batalla en vano y sigue su ignorado curso por oculto cauce. Botón que no revienta en flor: misteriosa poesía de lo incompleto, del esfuerzo que fracasa: subjetivismo desgarrador que él no quiso poner en el libro, pero que consta y cuyos sollozos se escuchan como por entre las rocas de la gruta se oye la trabajosa filtración del manantial soterráneo.

Léense con dolorosa fruición esos versos, "pobres florecillas" colocadas sobre la tumba de la amada y que él quiere que "se marchiten al menos en su losa".

¿Es que el afán de corrección y el anhelo decadente le aprisionan la fantasía? Acaso sin eso no habría en sus versos ese rastro de factura, ese olor á aceite que el cínico encontraba en los discursos de Demóstenes y que denuncian líneas como éstas:

la flor del beso brinda  
su corola de pétalos de labios  
.....  
como botón de pétalos de aurora  
.....  
la nariz con hidrópica delicia  
infla y dilata un hálito lascivo.  
.....  
como daga que fuera de torva nieve.

Aun los mismos arranques felices llevan ese sello; así cuando Hebe le parece llevar

sobre su torso nelénico de Paros  
el estímulo incierto de las alas.



Y cierta dama

en las sienes el nimbo,  
en la boca el pecado.

ó cuando canta

tu joven cuerpo de mujer parece  
un botón de apretadas redondeces.

Quisiéramos señalar en todo el volumen la mejor composición y no acertamos; ninguna produce el calorío de la admiración, ó siquiera la subrosa impresión de lo completo, del conjunto acabado y armónico. La mejor, la única poesía del libro es la que no está escrita, la que sugiere su lectura y por experimentar la vale bien la pena de ser leído por quien ame lo que llama el señor Facio

las fruiciones no sabidas  
de lo vago y lo impalpable.

(De *Hispano América*—Febrero—1895).

### NOTAS ARTÍSTICAS y LITERARIAS

**EL** viejo teatro *Español*, el mismo que en sus principios fué *Corral de la Pacheca*, es hoy en día el punto de reunión más elegante de Madrid. Ha sido restaurado con gusto exquisito en estos últimos meses, y lo dirige actualmente una mujer: la señorita María Guerrero, quien reúne al más elevado talento la más cabal hermosura. La aristocracia madrileña se ha disputado los palcos y demás localidades para las noches clásicas, porque á iniciativa de la señorita Guerrero, el *Español* dedica una noche de la semana á la representación de las obras maestras del teatro antiguo.

**CON** éxito inmenso ha sido representado en el *Español* el nuevo drama de don José Echegaray *Mancha que limpia*. El drama ha sido escrito expresamente para María Guerrero.

**EN** cambio el célebre dramaturgo francés Victoriano Sardou ha tenido un fracaso completo en el *Chatelet* de París con su pieza titulada *Don Quijote*. La crítica se muestra con él muy severa y lo censura agriamente por haberse atrevido á poner las manos en la obra maravillosa de Cervantes. El crítico de *Le Matin* llega hasta decir que es preciso hacer una ley para protección de las obras maestras.

**DON** José Lázaro, el laborioso director de *La España Moderna* y de *La Revista Internacional*, va á ponerse a frente de una tercera publicación de no menor importancia: *La Revista de derecho y sociología*. El redactor de esta nueva publicación será don Adolfo Posada, profesor de derecho político en la Universidad de Oviedo.

**HA** muerto últimamente en España don Teodoro Cuesta, poeta regional asturiano, compañero y amigo íntimo de Pereda.

**LA** correspondencia de *España*, el más popular de los diarios de la Península, ha emprendido la publicación de números extraordinarios ilustrados y quincenales que se venden á un precio ínfimo. Recomendamos á nuestros lectores esta preciosa publicación.

**EN** París falleció hace poco el notable pintor Armand—Dumaresq, cuyos cuadros más notables representan escenas religiosas.

**UN** grupo de artistas prepara actualmente en París una exposición que promete ser muy interesante. Se trata nada menos que de exhibir los distintos productos de la litografía desde que este arte fué descubierto en 1805 por el bávaro Senefelder. Entre otras curiosidades figurará un dibujo del mariscal Lejeune, uno de los soldados más bizarros de Napoleón. El dibujo representa un ulano; la litografía es del propio Senefelder.

**DON** Juan Valera, el ilustre autor de *Pepita Jiménez*, acaba de dar á la estampa una nueva producción de su admirable ingenio, que lleva por título *La buena fama*. Este libro ha sido escrito en Viena, donde es actualmente embajador de España su autor. Las ilustraciones son del conocido artista señor Calonge.

**EL** 28 de marzo último debe haberse celebrado en el teatro *Lari* de Madrid, con una función extraordinaria, el primer centenario del natalicio del más famoso de los saineteros españoles: hemos nombrado á don Ramón de la Cruz.

**EL** distinguido escritor nicaragüense don Román Mayorga Rivas se propone publicar una serie de biografías de centroamericanos ilustres. El libro será adornado con los retratos de los personajes que en él figuren.

**HA** sido muy sentida en París la muerte de Augusto Vacquerie, novelista y autor dramático, pero antes que todo notabilísimo periodista. Escribía en el *Rappel*. Vacquerie ha muerto víctima de la epidemia de influenza que actualmente azota á Europa.

**CON** éxito inmenso ha sido estrenada en la Scala de Milán la nueva ópera de Mascagni *Guglielmo Ratcliff*. El asunto de la ópera es el mismo que trató Enrique Heine.

### ANUNCIOS

#### Notas y Letras

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Precios de suscripción

Trimestre adelantado.....	\$ 2-00
Números sueltos.....	0-75
Números atrasados.....	1-00

Anuncios, á precios convencionales

Administración: CALLE 19, N.º 69, N.

TIPOGRAFÍA NACIONAL